

# Los muertos del Riachuelo

Hernán Domínguez Nimo

Ilustrado por:  
Grendel Bellarousse

**INTERZONA** **PULP**

# INTERZONA

---

Dominguez Nimo, Hernán

Los muertos del Riachuelo / Hernán Dominguez Nimo. - 1a ed .  
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2018.

112 p. ; 18 x 12 cm. - (Zona pulp / Soifer, Alejandro Javier)

ISBN 978-987-3874-86-4

1. Literatura Argentina. 2. Relatos. I. Título.

CDD A863

---

© Hernán Domínguez Nimo, 2018

© interZona editora, 2018

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Director de la colección: Alejandro Soifer

Coordinación editorial: Leila Gamba

Diseño de maqueta: Candelaria Espeche

Composición de interior y de tapa: Candelaria Espeche

Ilustración de tapa y de interiores: Grendel Bellarousse

Corrección: Mónica Campos

ISBN 978-987-3874-86-4

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta novela es ficticia. Para imaginar la trama, el autor realizó investigaciones y consultas, pero las utilizó como escritor y no como cronista. El punto de partida de algunas "venganzas" son hechos de público conocimiento, pero el desarrollo ficcional, las situaciones y los personajes en la intimidad, son completamente imaginarios, y de existir cualquier relación con la realidad, sería una mera coincidencia.



# 1

Claro, si vas y le preguntás a uno de esos periodistas autodenominados serios —a cualquiera de esos—, ponele la firma que te va a hablar mal de nosotros, los cronistas. Seguro va a sacar a relucir argumentos como falta de objetividad, hechos contaminados por opiniones personales, blablablá.

Pero qué querés que te diga... para mí, serio es sinónimo de pacato. De cagón te diría. El periodista serio es el que no se la juega nunca. El que se conforma con lo que el parrillero le sirve, y se queda sin ver —y sin mostrar— los mejores cortes, los que el tipo esconde.

Pasa que la gente conoce a esos que la tele hizo famosos, como José de Zer —que desbarrancó un poco con el tema de los OVNIS— y Enrique, el Turco Sdrech, que le gustaba hacerse el Sherlock Holmes y hasta hoy alguno lo copia. Pero hay muchos, muchos más. Emilio Petcoff, Baudilio Fernández, Ricardo Ragendorfer, Martha Ferro... Hasta Walsh y Art fueron del palo.

No todo tiene que ver con la crónica policial, la truculenta, esa que los diarios amarillistas —y el pueblo— compran. Los cronistas políticos —no te olvides

de Cabezas— nos involucramos con las matufias encubiertas de los funcionarios, revolvemos en la mierda de los que tienen el culo sucio. Somos los que no se conforman con las versiones oficiales, como harían esos periodistas serios. Queremos la sucia verdad.

Y salimos a buscarla en el único lugar en el que se la puede encontrar: la calle. No vamos a la conferencia de prensa, así como el cronista policial tampoco va a la comisaría, sino que se sienta en el bar, con el yiro, con el que levanta quiniela, con el que apuesta, con el que contrabandea chupi, porque esos son los que tienen la data que vale, los que tienen la posta.

Fue así, caminando la calle y la noche, que llegué a esto por accidente, que descubrí la historia que te voy a contar. Es algo que pasó hace casi veinte años. Veinte años en los que nada cambió. Veinte años que transcurrieron como si nada hubiera pasado.

Los que nadamos en política —los que buceamos, no los que hacen la plancha en la superficie— sabemos que eso no es extraño. Cuando salta algún quilombo, la gente común se conforma con que la prensa haga ruido en el corto plazo. Te diría que se aburre si la cosa se estira más de la cuenta.

Lo que sí es extraño, la primera arista oscura de esta historia en particular, es que no apareció en ningún lado. No salió en ningún diario. Por más que pregunté a decenas de colegas, nadie parece haberse enterado de nada. Y aunque a veces muchos se hagan el sota, este no es el caso. Alguien de muy arriba lo tapó todo.

Como cronista, no soy tan ingenuo como para creer que eso no puede pasar, que no se puede tapar algún estofado. “Accidente”, “infarto”, “muerte súbita”. Muchas carátulas forenses esconden otra realidad. Y la que se filtra de casualidad, jamás llegaría al público de no ser por un factor fortuito o un convidado de piedra. El asesinato del country, el del pituto, seguiría siendo un accidente doméstico sin la aparición del paramédico abnegado. Supongo que ese es mi papel al escribir estas líneas.

Pero aunque las historias bien tapadas son algo de la diaria, lo que las conecta es que siempre tienen que ver con un hecho aislado. Son cosas que suceden lejos de la mirada del público, y por eso, precisamente, es que pueden encubrirlas.

En cambio, cuando son chanchullos grandes, que escapan de la alcoba o el sótano de alguno bien conectado y se vuelven “demasiado públicos”, como lo de Ramallo o lo de Río III, los tipos pueden ocultar la verdadera razón de lo que sucede, pero no evitar que llegue a la prensa. Aunque no entiendan un pito lo que está pasando —o por qué está pasando—, todo el mundo puede ver el tiroteo callejero o la explosión masiva en la tele o en los diarios.

Y esa es la segunda rareza de esta historia: que aunque involucró a toda la ciudad —más bien te diría que estuvo a punto de tragarla entera—, ni una palabra llegó a los medios.

~~Hasta hoy.~~ Hasta hoy.



## El sueño de Galvani

El viejo puente transbordador del Riachuelo se inauguró en 1914. A la estructura de hierro la construyó una fábrica inglesa y mandaron las partes en barco para ensamblar en Buenos Aires, mientras acá usaban dinamita para hacer los pozos y ladrillos de casi un metro de espesor para levantar los cimientos de cada torre, dos cuadrados de casi treinta metros de ancho y de profundidad, rellenos de hormigón.

Todos conocen el transbordador: es esa especie de arco o pórtico de medio centenar de metros de alto y casi ochenta de largo, el monstruo de miles de toneladas de hierro y cobre —se incluyó cobre en su aleación para impedir la corrosión, aunque un efecto no deseado resultó ser una mejor conducción eléctrica—, el bicharraco que apoya una pata en cada orilla, una en Avellaneda y la otra en La Boca.

En aquella época, con una canasta suspendida y tirada por cables, era capaz de llevar una carga de cincuenta toneladas. Todos los días, de seis de la mañana a nueve de la noche, hileras de coches, camiones, carros y tranvías cruzaban el Riachuelo en apenas cinco minutos. Si se cortaba la luz, podían mover la canasta a mano, usando unos guinches.

Se lo conoció como Puente Nicolás Avellaneda hasta la década de los cuarenta, cuando se inauguró el otro puente, el que iba a reemplazarlo, que para no perder el homenaje al expresidente —o por falta de imaginación— se bautizó igual. Pero como el transbordador no dejó de funcionar, durante mucho tiempo tuvimos dos puentes homónimos, a menos de doscientos metros uno de otro.

Ochenta años después, en tiempos de Carlitos, el plan era otro y bastante más claro: vender todo lo que se tenía a mano para hacerse unos manguitos. Ya habían rifado YPF, las telefónicas, el gas, la electricidad, el agua, algunas radios y canales de tele, unos cuantos bancos, varias petroquímicas, siderúrgicas, fábricas militares y astilleros. Y lo que no se podía vender se entregaba —el eufemismo era “concesionar”—, como sucedió con los aeropuertos, ferrocarriles y las rutas más transitadas del país.

Llegó un momento en que ya no quedaba nada por regalar. Mirando en el reverso de los bolsillos, alguien se acordó de ese lugar de la ciudad donde había dos puentes, uno al lado del otro, encima con el mismo nombre. Claramente, sobraba uno.

En menos tiempo del que lleva decir palíndromo en voz alta, el gobierno propuso, a través de la Secretaría de Recursos Naturales y Ambiente Humano, desarmarlo y acabar con la redundancia de homenajes. De paso, como quien no quiere la cosa, venderlo como chatarra, por kilo. ~~El~~

Como de costumbre, hubo protestas, manifestaciones frente a la Casa Rosada, un acampe de dos meses y un par de encadenados al puente, que terminaron en la comisaría 24. Como de costumbre, el señor presidente se cagó en todo y la obra de desmantelamiento empezó.

No lo desarmaron en el lugar, que era lo que indicaba la lógica. Alguien tuvo la genial idea de removerlo en una pieza y exponerlo en tierra firme un par de meses, hasta las fiestas de carnaval, antes de desguazarlo. No fuera cosa que dijeran que el gobierno no le hacía los honores del caso al viejo puente.

Para la bestial tarea de levantar semejante armatoste de hierro y cobre, se contrató un gigantesco barco grúa de Holanda —por un precio superior al necesario, claro—. Como el calado de ese barco excedía la profundidad del río en varios lugares, antes hubo que realizar un dragado intensivo del canal de entrada y del Riachuelo mismo. Para solventar estos costos, se pidió un préstamo al BID —una suma mayor que la que se recibiría por la venta de la chatarra—, del cual el 60% se utilizó para los alquileres de draga y grúa. Del otro 40, ni noticias.

Pero el dragado se hizo. Y el barco grúa cruzó por fin la entrada del Riachuelo el 5 de febrero de 1997. Fondeó junto al viejo Nicolás Avellaneda y, una vez asegurado, izó la pluma para sujetar la estructura del puente transbordador y dejar los cables tirantes. Al día siguiente, con detonaciones controladas de dinamita —casi un *déjà vu* del momento de su construcción—, se demolieron las bases en ambas orillas. La idea era alzar la estructura metálica y depositarla en plena Avenida Pedro de Mendoza, a metros de la Vuelta de Rocha, donde le iban a prender velas y sacarse fotitos para la posteridad. Cuando se preparaban para elevarla, se desató la peor tormenta en dos décadas.

El Niño, haciendo de las suyas. De este fenómeno climático se tiene noticia desde hace más de doscientos años, aunque recién en el siglo XX se lo estudió en detalle. Se sabe que tiene un comportamiento errático, con ciclos de entre tres y ocho años, y que cada tanto provoca tormentas memorables, que escapan a toda previsión posible. Como esta del 97.

Según el servicio meteorológico nacional, iba a ser un día promedio, había un 25% de probabilidad de chubascos vespertinos. Alrededor de las dieciséis horas, una sola nube, pero con un frente que medía tres kilómetros de ancho, se acercó a la Capital desde el sudeste, empujada por el viento, que en algunos lugares alcanzaba los ciento treinta kilómetros por hora. La grúa holandesa empezó a zarandearse y el puente con ella, tomaditos del brazo, una danza de borrachos sin ritmo —triste simulacro de milonga— en la que solo había que esperar a ver quién caía primero. El ingeniero a cargo de la remoción tuvo la lucidez de ordenar que bajaran el brazo de la grúa, así las patas del puente se apoyaron en el fondo oscuro y legamoso del Riachuelo y el barco ya no corrió peligro de hundirse.

A esa altura la lluvia era torrencial y los primeros rayos y truenos amenazaban con desgarrar el mundo. Se aseguró todo como se pudo y los operarios se pusieron a resguardo, quedó solo un par de capataces de obra para vigilar que nada malo pasara. Y si pasaba, que pasara.

En esa noche cayeron tantos milímetros de agua como en dos meses promedio. Buenos Aires se inundó, hubo caos y pánico en la ciudad, aunque apenas una muestra, un anticipo de lo que vino después. La electricidad se cortó en la mayor parte de los barrios —en alguno como

medida preventiva—, las calles quedaron sumergidas y a oscuras, a merced de saqueadores oportunistas que atacaban las casas, abandonadas a las corridas.

Pero ya sabemos —yo lo sé, ahora lo vas a saber vos —que eso no fue lo peor del 6 de febrero de 1997.

En el Riachuelo, con una extraña calma en medio de la tormenta rabiosa, reposaba la mole de toneladas y toneladas de hierro y cobre. El brazo de la grúa seguía extendido hacia el cielo, como pidiendo perdón. Las patas del puente, sumergidas en un líquido más denso y conductor que el agua, casi el preparado de un científico trastornado que hubiera mezclado cadmio, mercurio, cobre, zinc, cromo, plomo y decenas de sustancias extrañas, difíciles de catalogar. Todo en el mismo lugar.

Era el escenario soñado para el experimento de un Luigi Galvani del siglo XX.

Los rayos empezaron a caer alrededor de las 21:30, aislados primero, después con regularidad cada vez más intensa. A las diez en punto hubo una sucesión de descargas eléctricas furiosas, casi cinco minutos ininterrumpidos, que terminó exactamente a las 22:04, con un rayo monstruoso golpeando el brazo de la grúa. El chisporroteo violáceo recorrió la pluma y el cable, dibujó el puente en un contraluz de neón violento sobre la noche negra, y a través de las patas se descargó, enceguecedor, en las aguas oscuras, que absorbieron en un parpadeo una carga eléctrica casi imposible de asimilar.

Ahí fue cuando los muertos del Riachuelo empezaron a salir.



